

Para sumarte a la **Campaña de *Letras Vuelve...***

8M – LAS leemos, leéLAS, aquí hay más sugerencias de nuestrxs graduadxs:

Discurso sobre las mujeres (Natalia Ginzburg)

Las mujeres son una estirpe desgraciada e infeliz, con muchos siglos de esclavitud en sus espaldas, y lo que deben hacer es defenderse de su insana costumbre de caer en el pozo cada tanto, porque un ser libre casi nunca cae en el pozo y no piensa siempre en sí mismo sino que se ocupa de todas las cosas importantes y serias que hay en el mundo, y se ocupa de sí mismo sólo para tratar de ser cada día más bueno. Yo soy la primera que debe aprender a hacer esto porque si no, está claro que no lograré hacer nada serio y el mundo nunca podrá avanzar mientras esté poblado de un ejército de seres que no son libres.

Una mujer (Sibilla Aleramo)

Casi sin advertirlo, día a día mi pensamiento se había detenido un instante más en esta palabra: emancipación; que recordaba haber oído en la infancia, una o dos veces, seriamente en boca de mi padre, y después con burla en boca de toda clase de hombres y mujeres. Entonces yo había comparado a aquellas mujeres rebeldes con la gran multitud de las que no eran conscientes, las inertes, las resignadas, el tipo de mujer plasmada durante siglos para la sumisión, y del que yo, mis hermanas, mi madre, todas las criaturas femeninas que yo conocía éramos ejemplares.

La mujer y su expresión. Buenos Aires: Sur (Victoria Ocampo).

Creo que, desde hace siglos, toda conversación entre el hombre y la mujer, apenas entran en cierto terreno, empieza por un: “no me interrumpas” de parte del hombre. Hasta ahora el monologo parece haber sido la manera predilecta de expresión adoptada por él (La conversación entre hombres no es sino una forma dialogada de este monólogo). (Ocampo, 1936: 12)

Durante siglos, habiéndose dado cuenta cabal de que la razón del más fuerte es siempre la mejor (por más que no debiera serlo), la mujer se ha resignado a repetir, por lo común, migajas del monologo masculino disimulando a veces entre ellas algo de su cosecha. Pero a pesar de sus cualidades de perro fiel que busca refugio a los pies del amo que la castiga, ha acabado por encontrar cansadora e inútil la faena. (Ocampo, 1936: 13)

La mujer, de acuerdo con sus medios, su talento, su vocación, en muchos dominios, en muchos países —y aun en los que le era más hostiles— trata hoy, cada vez más, de expresarse y lo logra cada vez mejor. No se puede pensar en la ciencia francesa actual sin pronunciar el nombre de Marie Curie; en la literatura inglesa sin que surja el de Virginia Woolf; en la de América Latina sin pensar en Gabriela Mistral. (Ocampo, 1936: 14)

Por cierto, estoy convencida de que la mujer se expresa también, de que se ha expresado ya maravillosamente, fuera del terreno de la ciencia y de las artes. Que esta expresión ha enriquecido, en todos los tiempos, la existencia, y que ha sido tan importante en la historia de la humanidad como la expresión del hombre, aunque de un calidad secreta y sutil menos llamativa (...) La más completa expresión de la mujer, el niño, es una obra que exige, en las que tienen consciencia de ello, infinitamente más precauciones, escrúpulos, atención sostenida, rectificaciones delicadas, respeto inteligente y puro amor que el que exige la creación de un poema inmortal. Pues no se trata sólo de llevar nueve meses y de dar a la luz seres sanos de cuerpo, sino de darlos a luz espiritualmente. (Ocampo, 1936: 15)

Que esta mujer se realice cuidando enfermos, aquella enseñando el alfabeto, aquella otra trabajando en un laboratorio o escribiendo una novela de primer orden, poco importa: hay diversos modos de autorrealización y los más modestos como los más eminentes tienen su sentido y su valor. Personalmente, lo que más me interesa es la expresión escrita, y creo que las mujeres tienen ahí un dominio por conquistar y una cosecha en cierne. (Ocampo, 1936: 22)

¡Quiero trabajo!, Buenos Aires: Tor (María Luisa Carnelli)

¡Basta! ¡Basta ya! Hay que arrancarse la careta. Compañeros: yo, Susana Miller, treinta años, eso fue, eso viví, eso he visto. No hay más derechos que los nuestros. Hay que romper la mole de la mistificación y el bandolerismo. Libertad, paz, justicia y trabajo. TRABAJO. Yo, cientos, miles, millones queremos trabajo. ¿Trabajo? Al diablo la ingenuidad y el optimismo. Nadie viene a ofrecerlo en bandeja de plata. ¡Compañeros! Apretemos las filas contra la muralla o

pongamos el pecho. Algo que tiembla cederá. Esto es el siglo XX. “Arriba los pobres del mundo DE pie los esclavos sin pan...” (Carnelli, 1933: 142-143)

Tres mujeres (Sylvia Plath)

Segunda voz

El mundo ahora es de nieve. No estoy en casa.
Qué blancas son estas sábanas. Los rostros no tienen rasgos.
Son lisos e imposibles, como la cara de mis hijos,
Estos pequeños enfermos que escapan a mi abrazo.
Los otros niños no me tocan: Más bien me tienen miedo.
Tienen buen color, mucha vida. No se están quietos,
Sosegados como el pequeño vacío que llevo en mí.

Tuve oportunidades. Probé y traté.
Cosí la vida a mi vida como una voz rara.
Caminé con cuidado, con precaución, como un objeto extraño.
Intenté no pensar demasiado. Traté de ser natural.
Traté ciegamente de ser amorosa como las demás mujeres,
Ciega en mi lecho, con mi querido ciego.
No buscaré otro rostro en la densa oscuridad.

No busqué. Pero el rostro aún estaba ahí.
La cara del que ya se amaba en su perfección.
La cara del muerto que no podía ser perfecto.
Más que en su fácil calma y que así no podía ser santo.
Y luego hubo otras caras. Los rostros de naciones,
gobiernos, parlamentos, sociedades.
Rostro sin rostro de hombres importantes.

Son estos los hombres que me molestan:
¡Son tan celosos de todo lo que no sea plano! Dioses celosos.
Ellos quieren que el mundo entero sea plano porque ellos lo son.
Veo al Padre que habla con el Hijo.
Una serenidad tal no puede ser más que santa.

Se dicen: "debemos crear un paraíso.
Lavemos y aplanemos el relieve de estas almas"

Distancia de rescate (Samanta Schweblin)

¿Dónde está Nina ahora, David? Necesito saberlo.

Contáme más sobre la distancia de rescate.

Varía con las circunstancias. Por ejemplo, las primeras horas que pasamos en la casa quería tener a Nina siempre cerca. Necesitaba saber cuántas salidas había, detectar las zonas del piso más astilladas, confirmar si el crujido de las escaleras significaba algún peligro. Le señalé los puntos a Nina, que no es miedosa pero sí obediente, y al segundo día el hilo invisible que nos une se estiraba otra vez, presente pero permisivo, dándonos de a ratos cierta independencia. Entonces, ¿la distancia de rescate sí es importante?

Muy importante.

Capricho en El dulce daño (Alfonsina Storni)

Escrútame los ojos sorpréndeme la boca,
sujeta entre tus manos esta cabeza loca;
dame a beber veneno, el malvado veneno
que moja los labios a pesar de ser bueno.

Pero no me preguntes, no me preguntes nada
de por qué lloré tanto en la noche pasada;
las mujeres lloramos sin saber, porque sí.
Es esto de los llantos pasaje baladí.

Bien se ve que tenemos adentro un mar oculto,
un mar un poco torpe, ligeramente oculto,
que se asoma a los ojos con bastante frecuencia
y hasta lo manejamos con una dúctil ciencia.

No preguntes amado, lo debes sospechar:
en la noche pasada no estaba quieto el mar.

Nada más. Tempestades que las trae y las lleva
un viento que nos marca cada vez costa nueva.

Sí, vanas mariposas sobre jardín de Enero,
nuestro interior es todo sin equilibrio y huero.
Luz de cristalería, fruto de carnaval
decorado en escamas de serpientes del mal.

Así somos, ¿no es cierto? Ya lo dijo el poeta:
deseamos y gustamos la miel en cada copa
y en el cerebro habemos un poquito de estopa.

Bien. No, no me preguntes. Torpeza de mujer,
capricho, amado mío, capricho debe ser.
Oh, déjame que ría. ¿No ves que tarde hermosa?
Espínate las manos y córtame una rosa.

Fuerza Blanca en El dulce daño (Alfonsina Storni)

Una para mimarte y una para vencerte,
Hombre negro de espaldas que olvidan a la muerte.

Tus músculos – aceros, enjundia de titán,
Talar pudieran bosques como el orangután.

¿No eras tú quien cazaba brazo a brazo, de suerte
Que los tigres temblando se escondían al verte?

Hombre negro: ¿qué dice de la blanca paloma,
Garra toda de lirios, fuerza toda de aroma,
Que con flores te dobla las manos de titán?

¡Oh, máatala si puedes, rey negro de la selva!
¡Oh, máatala y que luego tu libre mano vuelva
Taladora a sus mañas! ... ¿Lloras, orangután?

El vampiro (Delmira Agustini)

En el regazo de la tarde triste
Yo invoqué tu dolor...Sentirlo era
Sentirte el corazón! Palideciste
Hasta la voz, tus párpados de cera,

Bajaron...y callaste...Pareciste
Oír pasar la Muerte...Yo que abriera
Tu herida mordí en ella -¿me sentiste?-
Como en el oro de un panal mordiera!

Y exprimí más, traidora, dulcemente
Tu corazón herido mortalmente
Por la cruel daga rara y exquisita
De un mal sin nombre, hasta sangrarlo en llanto!
Y las mil bocas de mi sed maldita
Tendí a esa fuente abierta en tu quebranto.

.....

¿Por qué fui tu vampiro de amargura?...
¿Soy flor o estirpe de una especie oscura
Que come llagas y que bebe el llanto?

Lo inefable (Delmira Agustini)

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

De un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida
Devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...
Cumbre de los Martirios!...Llevar eternamente,
Desgarradora y árida, la trágica simiente
Clavada en las entrañas como un diente feroz...!

Pero arrancarla un día en una flor que abriera

Milagrosa, inviolable!...Ah, más grande no fuera
Tener entre las manos la cabeza de Dios!

La razón de mi vida (Eva Perón)

Nadie sino el pueblo me llama "Evita". Solamente aprendieron a llamarme así los "descamisados". Los hombres de gobierno, los dirigentes políticos, los embajadores, los hombres de empresa, profesionales, intelectuales, etc., que me visitan suelen llamarme "Señora"; y algunos incluso me dicen públicamente "Excelentísima o Dignísima Señora" y aún, a veces, "Señora Presidenta". Ellos no ven en mí más que a Eva Perón.

Los descamisados, en cambio, no me conocen sino como "Evita". Yo me les presenté así, por otra parte, el día que salí al encuentro de los humildes de mi tierra diciéndoles que prefería ser "Evita" a ser la esposa del Presidente, si ese "Evita" servía para mitigar algún dolor o enjugar una lágrima.

Los días de la sombra (Liliana Bodoc)

Wikilén contaba ya doce temporadas de lluvia. Muy pronto, al decir de Vieja Kush, la luna entraría en su cuerpo. Entonces la niña perdería su extrema delgadez y tomaría formas redondeadas. Sin embargo su alma parecía empecinada en no crecer. Wikilén reía y lloraba por pequeñeces. Siempre alborotadora, siempre hechizada por todo tal como en los lejanos tiempos de la guerra.

—Si continúas así no podremos encontrarte esposo— le dijo su hermana— Ningún hombre querrá mujer tan delgada y que no sepa moler harina.

Tener un esposo no era algo que inquietara a Wikilén, de modo que comenzó a reír como si nada de lo que Kuy-Kuyen decía se refiriese a ella.

—¿Y ahora de qué te ríes?

—Del pobre hombre esposo— Wikilén hablaba y mostraba la risa— Del pobre hombre esposo que tiene una mujer tan delgada que no puede moler harina.

La ciudad de las damas (Christine de Pisan)

Me preguntaba cuáles podrían ser las razones que llevan a tantos hombres, clérigos y laicos, a vituperar a las mujeres, criticándolas bien de palabra, bien en escritos y tratados..... Yo, que he nacido mujer, me puse a examinar mi carácter.....

Me propuse decidir, en conciencia, si el testimonio reunido por tantos varones ilustres podría estar equivocado. Pero por más que intentaba volver sobre ello, apurando las ideas como quien va mondando una fruta, no podía entender ni asimilar como bien fundado el juicio de los hombres sobre la naturaleza y conducta de las mujeres. Al mismo tiempo, sin embargo, yo me empeñaba en acusarlas porque pensaba que sería muy improbable que tantos hombres preclaros, tantos doctores de tan hondo entendimiento y universal clarividencia (me parece que todos habrán tenido que disfrutar de tales facultades) hayan podido discurrir de modo tan tajante y en tantas obras que me era casi imposible encontrar un texto moralizante, cualquiera que fuera el autor, sin toparme antes de llegar al final con algún párrafo o capítulo que acusaría o despreciaría a las mujeres.

En lugar de dos en A dos puntas (Belara Michán)

Estoy en mi cuarto con la puerta cerrada y escucho la llave de la puerta de calle girar. Sé que sos vos y que en cualquier momento vas a entrar. Es tu ruido, tu manera de abrir las puertas. ¿Vamos a hablar de una vez? Me asomo y digo 'hola' pero no logro verte. Solo escucho tus pasos, dirigiéndose a la cocina, sin ninguna respuesta. El cuerpo me pesa, pero estoy dispuesta a salir y encararte. La necesidad de hacerlo ya me saca del cuarto abombado. Salgo, paso por la habitación de Lucio, miro adentro pero no está, tampoco su escritorio, ni sus cuadros. ¿A dónde se los llevó? Apuro el paso urgente hacia la cocina, no quiero, aunque te quiero encontrar. Me tiemblan las piernas, pero imagino la calma, la suspensión que vendrá después de las palabras, de preguntarte directo al esternón, y obligar a que se te abran las costillas. Me transpiran las manos y el pecho retumba. Las plantas del pasillo, descuidadas, parecen mirar y decir, secas, algo sobre el tiempo. Quiero decirte que necesito hablar, que no entiendo esta distancia, y por qué Lucio sacó sus cosas, pero entonces escucho una voz que no se parece a la tuya y, cuando se abalanza encima mío, cubriéndome entera como un humo, siento otro cuerpo. Ya no es el tuyo.

Estupor y temblores (Amélie Nothomb)

No aspire a disfrutar porque tu placer te destruirá. No aspire a enamorarte porque no merces que nadie se enamore de ti: los que te amarían te amarían por tu apariencia, nunca por lo que eres. No esperes que la vida te dé algo, porque cada año que pase te quitará algo.

Ni siquiera aspire a una cosa tan sencilla como alcanzar la tranquilidad, porque no tienes ningún motivo para estar tranquila. Aspira a trabajar. Teniendo en cuenta tu sexo, existen pocas posibilidades de que puedas labrarte una buena educación, pero aspira a servir a tu empresa.

¿Tienes hambre? Apenas comas, ya que debes mantenerte delgada, no por el placer de ver cómo la gente se vuelve al paso de tu silueta por la calle -no lo harán- sino porque resulta vergonzoso tener curvas.

Tienes la obligación de ser hermosa. Si lo consigues, tu belleza no te proporcionará satisfacción alguna. (...) Si eres guapa, no serás gran cosa; si no eres guapa, serás menos que nada.

Tienes la obligación de casarte, a ser posible antes de los veinticinco años, tu edad de caducidad. Tu marido no te dará amor, salvo que sea un retrasado mental, y ser amada por un retrasado mental no proporciona felicidad alguna.

De todos modos, no te darás cuenta de si te quiere o no. A las dos de la madrugada, un hombre agotado y a menudo borracho regresará para derrumbarse sobre el lecho conyugal, que abandonará a las seis de la mañana sin haberte dicho ni una palabra.

Tienes la obligación de tener hijos, a los que tratarás como a dioses hasta los tres años, edad en la que, de repente, los expulsarás del paraíso para alistarlos al servicio militar, que durará desde los tres hasta los dieciocho años y, más tarde, desde los veinticinco hasta el día de su muerte. Estás obligada a traer al mundo a seres que serán todavía más infelices en la medida en que los tres primeros años de su vida les habrán inculcado una noción de felicidad.

¿Te parece horrible? No eres la única en opinar así. Tus semejantes piensan del mismo modo desde 1960.

El verano sin hombres (Siri Hustvedt)

Alice Wright, de dientes grandes y cubiertos por aparatos de ortodoncia, estaba leyendo cuando entré y continuó haciéndolo con toda tranquilidad hasta que comenzó la clase. Cuando cerró el libro vi que era *Jane Eyre* y durante un instante sentí envidia, la envidia de los primeros descubrimientos.

¡Qué lástima! (Dorothy Parker)

-¿No crees que debe de haber otra mujer? preguntó la señora Ames a la señora Marshall.

-No, no puedo creer que haya sido eso. Ernest Weldon no es de esos hombres. Tan formal...Todas las tardes, a las seis y media volvía a la casa, y era tan buena compañía, tan alegre y todo eso...Le entusiasmaba el hogar.

- A veces esos hombres entusiastas del hogar son precisamente los que dan esa sorpresa- observó la señora Ames.

-Sí, ya sé- dijo la señora Marshall-, pero ese no es el caso de Ernest Weldon.

-No creo que...- empezó a decir la señora Ames, y vaciló-. No creo que...- repitió, al tiempo que apretaba con la cucharilla el pedacito de limón en su taza de té- que Grace haya tenido alguna relación...o algo por el estilo.

-¡Cielos, no!- exclamó la señora Marshall. -Grace Weldon dedicó su vida entera a ese hombre. Siempre Ernest por aquí, Ernest por allí. No puedo comprenderlo... Si hubiera un solo motivo...si se hubieran peleado, o si Ernest bebiera o tuviera algún vicio... Pero se llevaban a las mil maravillas. Parece como si se hubieran vuelto locos para hacer una cosa así. No puedes figurarte cómo me ha afectado. ¡Es atroz!

-Sí-dijo la señora Ames-, es una lástima, desde luego.

El cuento de la criada (Margaret Atwood)

Vivíamos, como era normal, haciendo caso omiso de todo. Hacer caso omiso no es lo mismo que ignorar, hay que trabajar para ello.

Nada cambia instantáneamente: en una bañera en la que el agua se calienta poco a poco, uno podría morir hervido antes de darse cuenta. Por supuesto, en los periódicos aparecían noticias: cadáveres en las zanjas o en el bosque, mujeres asesinadas a palos o mutiladas, mancilladas, solían decir; pero eran noticias sobre otras mujeres, y los hombres que hacían semejantes cosas eran otros hombres. Ninguno de ellos era conocido de nosotras. Las noticias de los periódicos nos parecían sueños, pesadillas soñadas por otros. Qué horrible, decíamos, y lo era, pero era horrible sin ser verosímil. Eran demasiado melodramáticas, tenían una dimensión que no era la dimensión de nuestras vidas.

Éramos las personas que no salían en los periódicos. Vivíamos en los espacios en blanco, en los márgenes de cada número. Esto nos daba más libertad.

Vivíamos entre las líneas de las noticias.

La única mujer (Bertalicia Peralta)

La única mujer que puede ser
es la que sabe que el sol para su vida empieza

ahora

la que no derrama lágrimas sino dardos para
sembrar la alambrada de su territorio

la que no comete ruegos
la que opina y levanta su cabeza y agita su cuerpo
y es tierna sin vergüenza y dura sin odios

la que desaprende el alfabeto de la sumisión
y camina erguida

la que no le teme a la soledad porque siempre ha
estado sola
la que deja pasar los alaridos grotescos de la
violencia

y la ejecuta con gracia
la que se libera en el amor pleno
la que ama

la única mujer que puede ser la única
es la que dolorida y limpia decide por sí misma
salir de su prehistoria.

Meditación en el umbral (Rosario Castellanos)

No, no es la solución
tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi
ni apurar el arsénico de Madame Bovary
ni aguardar en los páramos de Ávila la visita
del ángel con venablo
antes de liarse el manto a la cabeza
y comenzar a actuar.

Ni concluir las leyes geométricas, contando

las vigas de la celda de castigo
como lo hizo Sor Juana. No es la solución
escribir, mientras llegan las visitas,
en la sala de estar de la familia Austen
ni encerrarse en el ático
de alguna residencia de la Nueva Inglaterra
y soñar, con la Biblia de los Dickinson,
debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo
ni Messalina ni María Egipciaca
ni Magdalena ni Clemencia Isaura

Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser.

La aguja de tejer
que me clavo entre las piernas
atraviesa de lado a lado
las paredes de mi alma.
La sangre me desborda
llega tibia a las rodillas.
Los coágulos se deshacen
en un río de infección
dejo huellas en cada pisada
una estela roja, casi morada
me persigue.
Los coágulos se desarman
en la planta de mis pies
en la suela del zapato
no conocen la asepsia de curso legal
el quirófano no existe (cuando no tenés un
cobre)
su sola idea naufraga
me inunda por completo
en cada puntada
se van tejiendo mis gritos

que no conocerán un hospital.

Liliana Cabrera